**DOMINGO XXV DURANTE EL AÑO-B**

En este domingo, el evangelio de S. Marcos nos presenta el tema del servicio, de la humildad. Temas de los cuales Jesús habla constantemente. El domingo pasado hablaba de la renuncia a uno mismo para seguirlo y ahora presenta el “ser el último de todos para ser el primero en el Reino de los cielos”. Pero ¿a quién le gusta ser el último? O mejor dicho ¿quién es capaz de ser el último teniendo todas las posibilidades de ser el primero? ¿Quién acepta ser el último para que otros sean los primeros?

Ubiquemos el texto. Jesús se encontraba con sus discípulos atravesando la Galilea sin que nadie se enterara. Debía enseñarles algo importante sólo a ellos, sin la multitud. Justamente les había dicho que iba a ser entregado en manos de los hombres, iba a ser muerto y después resucitaría. Jesús les está recordando algo muy importante que ya les había dicho en otra oportunidad. Pero el grupo no comprendía bien de qué se trataba y no se animaban a preguntarle. Según dice el texto, los discípulos siguieron hablando entre ellos mientras caminaban. La discusión se trataba de quién sería el más grande entre ellos. No queda claro por qué o cómo surgió esta conversación; o qué los llevó a hablar de ese tema que parece no se conecta en nada con lo que Jesús les había recordado sobre su pasión, muerte y resurrección.

Ante esta situación Jesús debe llamarles la atención para evitar que siguieran errando en sus pensamientos, palabras y sentimientos. ¿Por qué razón querían ser los más grandes? Cuando dicen “los más grandes” ¿a qué se refieren realmente? Parece que todavía nos les quedaba claro el modo de vida de Jesús o hacia dónde apuntan sus enseñanzas y signos. Jesús nunca se mostró como el más grande ni como el mejor de todos: al contrario, su capacidad de abajamiento descolocaba a muchos, y eso confundía o molestaba a quienes conciben la vida como un modo de estar por arriba de los demás. Constantemente Jesús habla de su obediencia al Padre, por eso, en el ejemplo que da sobre la pequeñez, la humildad o el servicio, coloca un niño en medio de ellos. “Quien lo recibe, me recibe y recibe al Padre que me envió”. Todo lo que hace y dice Jesús tiene su origen y su mirada en el Padre. Jesús mismo se compara con un niño, justamente por la sencillez y la humildad de los más pequeños. Jesús no habla de conquistar un pueblo entero, sino de recibir a un niño. Parece poca cosa o algo fácil. Lo más pequeño nos lleva al más grande: el niño nos lleva a Dios. El niño no es sólo un pequeño físicamente, también es el frágil, el pobre, el último de la sociedad. El niño también es el anciano, porque es frágil y olvidado por la sociedad. El niño es el necesitado. Jesús se muestra siempre como un necesitado de su Padre; siendo Dios se anonadó a sí mismo; se hace pequeño ante una humanidad que no conoce de que un Dios sea pequeño. Jesús trae una nueva concepción de la pequeñez: es la humildad, la pobreza de espíritu.

¿Quién se presenta hoy como humilde y pequeño cuando busca un trabajo? Generalmente hace un curriculum brillante para ser el primero, el elegido, el considerado, el no rechazado. ¿Quién oculta un diez en un examen para no hacerse el crack frente a sus compañeros y amigos? Generalmente se grita el diez a todo el mundo. ¿Quién es capaz de perder en un juego de mesa para que su contrincante se sienta mejor? Por lo general está ese deseo de ganar, ganar y ganar a toda costa. Por suerte, hay gente que se coloca última para que otros sean primeros. Un padre que juega con su hijo, le enseña que en la vida se gana y se pierde, por eso, muchas veces se deja ganar para incentivarlo. Otras veces le gana, para enseñarle que hay que aprender a perder. Ser el último de todos es ponerse al servicio de todos: como la madre que no duerme cuando el hijo está enfermo; o el hijo deja sus trabajos para cuidar a su padre en el hospital; o una joven no se va de vacaciones porque prefiere ayudar a su amiga que necesita pagar una operación costosa. Ser el último no es el que llega al final de la carrera, sino aquel que llegando primero no se coloca como el dios supremo e invencible, sino que es capaz de reconocer que los otros también se sacrifican para ser mejores.

El servidor es el que llega primero al banquete y es el último que se sienta a comer. El servidor no tiene tiempos para sí mismo, porque se dedica al tiempo de los otros. El servidor está más entrenado y tiene mejor estado físico porque muchas veces tiene que recorrer más distancias y ayudar a muchos que se quedaron en el camino.

Quien mira con arrogancia a los otros porque tiene más plata o porque los demás son “de otra categoría” no es “un grande”. El grande es el humilde porque su mirada tiene una perspectiva que va más allá de lo material, y comprende que la verdadera grandeza está en el amor.